

## **¿Qué democracia queremos?**

### **Chile, Venezuela, México**

*Dr. Michel Duquesnoy  
Universidad Bernardo O'Higgins  
ORPAS  
Santiago, Chile*

Los Estados-nación van conociendo desde casi un medio siglo una serie de trastornos y críticas que cuestionan en profundidad su propia validez. Hasta la democracia como concepto y modelo de organización gubernamental de la gestión de las tensiones ciudadanas está en unos de sus peores momentos.

Estado nacional y democracia están en crisis, y en este punto de la historia de la Modernidad occidental –cuyo proyecto aún no ha terminado–, me atrevería en afirmar que las dificultades y trances que las sacuden, son positivas.

Sin embargo, sólo lo serán si por lo menos dos de sus pilares centrales siguen siendo los ejes que guían la conducta (y ¿la razón ética?) de sus responsables. Entiéndase, los dirigentes políticos y la base ciudadana. Ellos y nosotros pues. Con la imprescindible condición de no culparse mutuamente de todos los males que aquejan la buena marcha de las sociedades.

¿Cuáles ejes?

Uno es el indefectible contrato social que compromete la clase política en asegurar el bienestar, la libertad y la igualdad entre sus súbditos. Otro es el derecho y la obligación de expresarse recibiendo un trato equitativo y justo independientemente de la clase social, afiliación étnica, poder económico y/o político, niveles escolares, género, etc.

Recordemos quizá para atizar nuestras conciencias anestesiadas por los alegatos comunes y mediáticos, que ni el modelo “Estado-nación” ni la democracia son estados naturales u obligatorios. Un conjunto societal puede perfectamente gestionarse según un esquema no democrático ni conforme al padrón moderno del Estado nacional. Empero no es deseable, a mi parecer, eludir el uno y/con el otro.

Los dos ejes que arbitrariamente considero como irrefutables, se ven hilvanados por lo que llamaría su tendón de Aquiles: la libertad. ¿Por qué tendón de Aquiles? Sencillamente en razón de la obligación de proponerse compromisos en un primer tiempo, impulsarles

luego para asumirles, cueste lo que cueste aunque en todos los casos dentro de los límites arriba mencionados. Eso es a lo que conduce la elección por la libertad.

Esta obligación genera miedo y angustias. Definitivamente. En suma, es entendible y legítimo porque la libertad da vértigo, como cuando uno se avienta en el vacío sólo con un elástico para salvarle de su locura tan intrépida.

Si el aturdimiento corresponde a una sensación pasajera generada por lo desconocido y lo exaltante que promete una aventura dentro de los espacios abiertos —quien ha buceado en hondos mares abiertos entenderá la metáfora—, no faltan los que, frente a la perspectiva de los compromisos a los que la libertad íntima, experimentan una extraña náusea causada por el asco y el sobresalto que la frescura de las brisas de libertad les inspira. Estiman que los espejismos abundantes en las ideologías totalitarias, “populistas”, integristas, racistas, fundamentalistas y otras construcciones falaces por el estilo, engendran seguridad, protección y escudos sólidos contra los vientos de la libertad confundidos solamente por ellos con supuestos caos o desmoronamientos de los paradigmas entre los que incuban sus mortíferos pensamientos. Para ellos, con la exquisitez de su mezquindad amarga (que, en realidad, no es sino otra restricción de su capacidad intelectual), libertad se confunde extrañamente con libertarismo y licencia, que no son más que extravagancias y desenvolturas falsamente pequeña-burguesas.

Si volvemos al tema de los deberes necesarios al ejercicio de una libertad preocupada por la igualdad para todos y todas, es menester insistir en una consecuencia grave a la que conduce su renuncia: los “otros” sí decidirán por la mayoría, no necesariamente con las mejores opciones, y “ellos” pues sólo oscilarán entre pocas alternativas: el silencio de los inocentes, el cobarde confinamiento ciudadano, las quejumbres insólitas de los que se condenan a lo que de La Boétie llamaba “servidumbre voluntaria” .

México, Venezuela y Chile son tres países que, cada uno con su singular *background* histórico, social y cultural, ofrecen caras disímiles frente a los dos temas que nos ocupan: el Estado-nación y la democracia. Los tres han pagado un costoso tributo a las privaciones de libertad y a los horrores de las dictaduras. Los tres han visto embargado los orgullosos límites de su Estado por las sacro-santas leyes del libre mercado, sea prostituyéndose con ellas o adoptando una actitud supuestamente soberana. Los tres han conocido recientemente la historia del Evangelio de la transición a la democracia al que van respondiendo con estrategias distintas.

Uno solo parece haber —por fin— terminado, esperamos exitosamente, dicha transición: Chile. Ahora bien y con toda la prudencia y todos los matices imprescindibles a los que la afirmación anterior nos invitan, es innegable que mucho, mucho camino queda por recorrer por parte de la república del Conosur. Seamos claros y consecuentes: ¿cuántos países democráticos actualmente podrían vanagloriarse de haber recorrido TODO el camino de la democracia? Sería olvidarse fácilmente que la democracia es un proyecto y como tal, se está construyendo día con día; gobierno con gobierno; vecinos con vecinos; conflictos con conflictos; etc. Sin embargo, Chile da notables señales de encaminarse en una vía democrática digna de ser valorizada.

Quien dice transición terminada, dice entrada en la democracia. O salida. La transición es una travesía sobre un puente con dos extremos que se miran frente a frente: un antes, un después. No hay puentes en zigzag. Pero sí existe el caso de los gobiernos que parecen estancarse voluntaria e indefinidamente a medio camino.

México, Venezuela y Chile se enfrentan en los tres últimos años<sup>1</sup> a corrientes de oposición que cuestionan la legitimidad del poder de turno así como a claras maniobras fraudulentas cuando no de corrupción en el seno mismo del gobierno o de las élites financiero-políticas. Estos tres países ofrecieron, claro está, varios casos que no pueden ser mencionados aquí. Aquí se sugiere unos asuntos paradigmáticos revelados en los últimos meses y semanas.

En Chile, los casos Penta, SQM y Dávalos, las interminables protestas estudiantiles o las manifestaciones ciudadanas a cargo de habitantes privados del indispensable recurso hídrico raptado por las minerías y la interminable cuestión mapuche deberían, caso por caso, obligar a Michelle Bachelet a enfrentar la necesidad de tomar urgentes y decisivas medidas.

En México, las compras de casas de alto lujo por la esposa (la “Gaviota”) del presidente Enrique Peña Nieto y su secretario de Hacienda a uno de los contratistas de la Administración, la masacre de los estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa

---

<sup>1</sup> Al escoger este lapso de tres años, precisemos que el *terminus a quo* es la elección controvertida a la Presidencia de los Estados Unidos de México de Enrique Peña Nieto con el *terminus ad quem* que no es más que la actualidad. Durante este período, Michelle Bachelet fue elegida sin duda posible y por segunda vez a la Presidencia de la República de Chile; Nicolás Maduro, como delfín del difunto Hugo Chávez, figura carismática emblemática de la auto proclamada Revolución Bolivariana, llegó a la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela a través de elecciones “democráticas” pese a una campaña veloz e inequitativa entre los dos candidatos presidenciables.

y las revelaciones en torno a la matanza “a seco” por el Ejército de 15 civiles en Tlatlaya. Unos de los eventos que forzaron al mandatario supremo reconocer públicamente el alcance de la ola de “incredulidad y desconfianza” que afecta a sus compatriotas.

En Venezuela, la represión dura a los opositores, la carencia total de insumos básicos para una población agotada, la torpeza política de Nicolás Maduro y la bancarrota del Estado Bolivariano, aparecen como los frutos directos que años de una gestión chavista descontrolada fomentó. Eventos que, sustentados en las reacciones (quizás cuestionables de la administración de Barak Obama), alimentan la rocambolesca paranoia del complot tan querida por el sucesor de Hugo Chávez.

México parece abordar las orillas de un levantamiento social y despertaría, dice Jan Martínez, “al viejo demonio mexicano de la sospecha” (*El País* [en línea], 10 de marzo de 2015). Un demonio en realidad nunca del todo entorpecido pero siempre apaciguado a través de una curiosa mezcla de auto escarnio y victimismo, ambos en ocasiones expresándose lamentablemente por la vía sangrienta. El pueblo mexicano ya no espera — nunca ha esperado realmente— que se haga justicia. Nunca existió ninguna *glasnost* (política de transparencia) en este lugar. Y eso es peligroso. En réplica a un Estado fallido, el terreno se ha visto fértil a la predicación mesiánica por políticos capaces de (con-) mover a millones de conciudadanos frustrados y resentidos ya que prácticamente olvidados por las grandes formaciones partidistas: el PRI y el PAN. Las derrotas electorales que sufrió el entonces candidato del PRD, Andrés Manuel López Obrador “AMLO”, le han servido para arrojarse del atuendo de la víctima salvadora y redentorista. Fundó hace tres años su propio partido, revolucionario, estatista, corporativista y nacionalista: MORENA, Movimiento para la Regeneración Nacional. Denuncia el carácter empresarial de la oligarquía empresarial y corrupta que se encubre de democracia.

Chile parece más tranquilo. Los medios masivos de comunicación repercuten la indignación de una población por otra parte mantenida en las quimeras del crédito y del consumismo y violentada diariamente por unos delincuentes callejeros exentos de cualquier forma de condena seria. El pueblo chileno observa, incrédulo, los desajustes de una justicia tipo clasista. ¿Será cierto que podrían encarcelar a los millonarios estafadores de Penta?, ¿que indagarán los activos del propio hijo de la presidenta Bachelet? En un país en el que la impunidad casi total a los crímenes cometidos por los militares flirtea con la arrogancia histórica de la pudiente clase empresarial y la violencia de la delincuencia urbana en crecimiento continuo, la debilidad del poder judicial se verá confirmada si, en

las próximas semanas, los escándalos y estafas gigantescas revelados últimamente no se ven duramente castigados. No se visualizan a la fecha mesías pero los cielos políticos son fecundos de bestias horribles capaces de surgir del oscurantismo y la desilusión en los que se hundan las masas.

Con todo, la ciudadanía mexicana como la chilena da señales de frustración y desánimo. La democracia se ve bajo sospecha, aunque en un grado mucho mayor en México.

Venezuela debate entre los fantasmas de las ilusiones de una falsa revolución, los golpes de la coerción y las incertidumbres de la oposición. Miscelánea ideal para seguir la fertilización “populista” iniciada con Hugo Chávez, capaz de arrullar los estratos más bajos de la escalera social que se ha visto beneficiada por su mesías y a lo opuesto, provocar la ira de los despojados del propio régimen. En este país, el Estado ni reducido ni fallido sino fantástico, deja la puerta abierta a guiones inseguros y nada promisorios de albas milagrosas. De hecho, si los venezolanos esperaron algún día milagros, saben que sólo podían venir del auge petrolero del que pocos han comprobado las bonanzas.

Los noticieros refrendan cada día los oscuros cielos que apuntan sobre los indeterminados horizontes de México y Venezuela. Chile anuncia algo de luz, esa es nuestra opinión. El futuro notificará.

Un Estado fuerte, sólido, veraz, entiéndase presente y responsable, protector y apegado a la Ley, es deseable en estos tres países latinoamericanos. También lo es en la cruda mayoría de los Estados nacionales del planeta.

El derecho a la democracia es más que la libertad de votar o la libertad de expresar su opinión política, aún por medio del sarcasmo y la sátira, estilo *Guignols de l'info* (“Títeres de la Información”) en Francia. En México, por ejemplo, no pasa un solo día en el que las redes sociales no ridiculicen a sus políticos, ello sin represión ninguna. En Chile, existen periódicos burlescos especializados en fotos montajes de la clase política. En Venezuela, se ha vuelto peligroso mofar a los sagrados gobernantes (Maduro trató a Twitter de “máquinas imbéciles”) y el ahogo sistemático de la libertad de expresión, iniciado por el propio Chávez, imposibilita a la población medir objetivamente las condiciones del país. En fin, más que el derecho a la libre expresión, los ciudadanos de las democracias contemporáneas deben (¿re?-) descubrir la obligación de luchar por la aplicación del

derecho de libertad, igualdad y respeto de todos y todas, independientemente de sus clase, preferencia, “raza”, etc.

La democracia que queremos es la que nos reparte obligaciones y compromisos. No solamente quejas amorfas y reclamos victimistas. No la de abstenerse de ir a votar o de votar a favor del(a) candidato(a) más guapo(a), que regala mejores prebendas. La democracia nos obliga a elegir candidato(a)s responsables, alejado(a)s tanto como se pueda del modelo hipócrita vigente. Nos estimula a “abrazar y defender la verdad para encontrar la salida”, escribía Armando Regil (*El País* [en línea], 30 de enero 2015). Y ¿por qué tanto criticar luego un modelo que tanto duele si, al fin y al cabo, es el que se ha escogido?

O será que la democracia que queremos ¿es aquella en donde trocamos nuestra libertad para no estorbarnos en los compromisos cívicos? Si se quiere algo mejor, habrá que esforzarse e inventar para ensayarles modelos menos indignantes, más justos, más cercanos a todos y todas los y las ciudadano(a)s.

Michel Duquesnoy  
Profesor-Investigador  
Observatorio Regional de Paz y Seguridad (ORPAS)  
michel.duquesnoy@ubo.cl  
Tel: (56-2) 2477 2209

